

## XXVII

—Si estás verdaderamente segura de que te quiero, ¿por qué me tienes miedo?

—¿Pero quién te ha dicho que te tengo miedo?

—Tus ojos.

Estrellita los bajaba en seguida.

—¡No! Mírame... Así. Esos ojos no son los de una mujer que está segura de sí.

—Pudiera ser...—se acusaba tímidamente ella—. Pero es porque todavía no he comprendido tu carácter, y temo desagradarte, sin quererlo...

—¿No será, más bien—replicaba Ciro—, porque la conciencia te acuse de algo?

Era un clavo que le torturaba el cerebro noche y día.

Había decidido no volver a poner los pies en la ciudad, por lo menos mientras que Alcozer viviese. Comprendía que no hubiese podido soportar la vista de aquella momia, la cual también había visto en la intimidad nocturna a la mujer que ahora le pertenecía; aquella momia que podía evocar las noches en que Estrellita estaba a su lado y volverla a manchar con el pensamiento.

La paz del campo no lograba inspirarle la calma. No reía, no oía nada, todo absorto en su interna desazón. El mismo no hubiera querido que su Estrellita conociera el rebajamiento que en-

trañaba aquella nueva especie de celos por un viejo y su arrepentimiento de haberse casado con ella; arrepentimiento exasperado por el vivísimo amor que por ella sentía.

Para distraerse, se había dedicado a los ejercicios violentos. En una feria caballar había comprado veinte caballos tunecinos y los amaestraba en la granja, como un domador de circo, fustigándolos con la furia de dos mil demonios que tenía dentro del cuerpo. Después lanzaba a los veinte, delante de sí, como un rebaño, al galope, destrozando los sembrados, cual un azote de Dios, entre una nube de polvo, hasta el abrevadero.

—¡Alto!

Y allí los abrevaba.

Al regreso le ocurría a veces lo que aquél a quien no le salía bien la cuenta de los pollinos que custodiaba, por no contar el que montaba. Y entonces, imprecaciones, blasfemias, entre las repetidas voces de: "¡Alto, alto!" a los animales.

Y los volvía a contar; y al fin daba de latigazos a la pobre bestia que le llevaba, como si por culpa de ella le hubiese salido mal la primera cuenta.

Estrellita, mientras tanto, si tenía algún motivo para creer que su marido la quería a su modo, no sabía cómo arreglárselas para corresponder al amor de él; no hallaba el camino para penetrar en su corazón y amansarlo. Hubiera querido sentirse satisfecha, si no del presente estado, de haberse librado, por lo menos, del odioso anterior; pero se lo impedía, de un lado, la angustiada perplejidad, la incertidumbre continua de acertar o no, en que el carácter de Ciro la tenía; del otro, el temor de que llegase a descubrir su anterior fal-

ta con Alletto, cuyo recuerdo se esforzaba continuamente en borrar. Temía que si le asaltaba, aunque fuera por un instante, el pensamiento de él, pudiese leérselo Ciro en los ojos.

En tal estado, a los cinco meses de sufrimiento silencioso, la pobre Estrellita abortó, con grave riesgo de su vida. Y entonces Coppa se vió obligado a volver a la ciudad.

## XXVIII

—¿Estoy loco? ¿Celoso de un viejo, yo, Ciro Coppa?

Apenas de vuelta a la ciudad, se sintió libre de la pesadilla que le había obsesionado tantos meses en el campo. Y en una nueva disposición de ánimo, quiso confiarse en sí mismo. Ya no tenía rivales. ¿Iba a temer él, Ciro Coppa, a Pepe Alletto, por ejemplo? ¡Bah!

Antes bien, se dedicó a buscarle, y cuando lo encontró en la calle, le llamó, mientras que Pepe, haciendo que no lo había visto, quería seguir adelante.

—¡Pepe! Te prometí una vez una colocación... Pues bien; te la he encontrado. ¿Quieres venir a mi casa?

—¿A tu casa?

—A mi despacho. Vuelvo a abrirlo mañana. Tendré que dar a copiar, y mejor tú que otro. Con tal de que no me hagas faltas de ortografía...

Pepe se le quedó mirando con la boca abierta.

—Anda, ven—insistió Coppa—. ¿No has oído?

—He oído, sí—contestó Pepe, sin comprender cómo ni por qué pudiera hacerle Coppa semejante proposición.

—¿Aceptas?

—¿Yo?... ¿Y por qué no?

—Pues te espero mañana a las ocho. Nos entenderemos. Adiós.

—¿Se habrá vuelto loco?—se preguntó Pepe, cuando se alejó Ciro—. ¿Qué me querrá? ¿Querrá saber si entre Estrellita y yo ha habido algo? ¿Querrá pillarme en falta?

Pensó no ir; se arrepintió de no haber sabido negarse. Pero ya, aceptada la proposición, no podía volverse atrás. No, no; tenía que ir para no darle a suponer que había algún motivo para temerle.

Y al día siguiente, a las ocho en punto, pálido, con el corazón en la garganta, estaba en el despacho de Ciro.

—¿Ves? Todo ha cambiado—le dijo éste enseñándole la nueva mesa de escribir, los estantes nuevos y las nuevas sillas a lo largo de las paredes—. ¡Qué pronto se cambia, querido Pepe! Llegó un día en que el hombre fuerte siente el deber de empeñarse en una lucha superior, no ya con los demás, sino consigo mismo; vencer, dominar la propia naturaleza, la esencia bestial, y adquirir sobre ella un dominio absoluto.

Y diciendo esto, agitaba en el aire nerviosamente el latiguillo, mientras que Pepe, confuso, aturdido, aprobaba con la cabeza.

—Apruebas pero no comprendes—le advirtió Ciro, después de haberlo observado un momento, con calma—. No son cosas que puedes comprender así, a la ligera.

—Verdaderamente, no...—balbuceó Pepe, esforzándose en reír.

—Lo sé, lo sé. Te lo aclararé con un ejemplo. Hoy he llegado a un punto en que si tú, Pepe Alletto, ser

debilísimo, me dijeras a mí, Ciro Coppa: "*¡Ciro, sostengo que eres un villano!*" ¡No te rías, imbécil! Si me dijeras tal, yo, escucha, tal vez en el primer momento palideciera un poco, apretaría los puños para contenerme, cerraría los ojos, me mordería la lengua; después, dominado el ímpetu, te respondería, con la mayor calma y hasta con amabilidad: "*¿Te parezco un villano, querido Pepe? Razonemos, si no te desagrada, esa afirmación tuya.*" ¿Qué te parece? Y no me detendré aquí. Cada día, una nueva conquista sobre mi naturaleza, sobre la bestia. No dudes de que la venceré. Mientras tanto, siéntate: esa es tu mesa. Son papeles para copiar: letra clara; fíjate en la puntuación y en la ortografía... Nada más...

## XXIX

Desde aquel día empezó para Pepe una nueva vida de indecibles angustias. Iba todas las mañanas al despacho lleno de zozobra y dudas, después de haber meditado toda la noche para comprender o vislumbrar al menos lo que en el fondo pretendía Ciro.

Ciro se paseaba por el despacho, frente a la mesa de Pepe.

—La ortografía... Ayer me has escrito prestigio con jota.

De cuando en cuando se paraba, y Pepe, inclinado sobre la mesa y atento a la copia, sentía, fijos en él, los ojos de Coppa, y se preguntaba:

—¿Por qué me mirará así?

Otros días, Ciro no paseaba. Permanecía con la cara escondida entre los brazos, cruzados sobre el escritorio. Pepe, entonces, levantaba los ojos para observarle.

—¿Qué tendrá? ¡Hum!...

A veces, no pudiendo descifrar alguna palabra de la minuta que copiaba, se veía obligado a llamarle, y lo hacía quedo. Ciro no contestaba.

—¿Estará dormido?—se preguntaba Pepe. Y le volvía a llamar, añadiendo—: ¿Te sientes mal?

—No. Trabajo por dentro—murmuraba sordamente Ciro, sin levantar la cabeza.

Pepe alargaba la cara ante la enigmática respuesta, recapacitaba un momento, luego se encogía de hombros, dejaba en blanco la palabra indecifrible y volvía a copiar.

—¡Maldición!—rugía de pronto Ciro, levantándose—. ¡Maldición!

—¿Qué tienes?—le preguntaba Pepe sobresaltado.

—¡Dime que te hago temblar!—rugía Ciro, extendiendo los brazos hacia la mesa de Pepe—. ¡Dime en seguida que cuando me ves te tiemblan las rodillas!

—¿Y por qué?—balbucía Pepe.

—¡Ah! ¿No sabes, mentecato, que si te agarro con estas manos, si te doy un puñetazo, te aplasto, te pulverizo, te aniquilo?

—Lo sé—decía Pepe con temblona sonrisa y los ojos suplicantes—. Pero no hay motivo... Salvo que te hayas vuelto loco.

Ciro se apartaba de la mesa.

—Está bien. Escribe. Tendré que darte un látigo y mandarte que me golpees las espaldas... La razón no basta para domar mi asquerosa naturaleza: exige los golpes, y si son suaves tampoco le sirven... ¡La hago, la hago desgraciada a esa pobre muchacha! ¡Palizas, palizas, palizas, es lo que merezco!

¡Ah! El mismo temía ya volverse loco. Desde que se había impuesto la tarea de dominar a su naturaleza, no comía apenas, no dormía, no tenía un momento de descanso. Quería darse a sí mismo la mayor prueba de su victoria. Y esta prueba había de consistir en hacer que Estrellita viniese al despacho, estando Pepe. Acercábase al

tubo acústico, que estaba en un rincón del despacho, para llamar a Estrellita. Se ponía a observar a Pepe, casi para mostrar a sus sentimientos en lucha lo ridículo, lo indigno que era de él tener celos de aquel ser insignificante, de aquel monigote pálido. Y, sin embargo, no, no llegaba a poner la boca en el tubo que le tentaba. Y entonces iba a hundir su rostro entre los brazos, sobre la mesa, a desesperarse y a concluir, rugiendo: "¡Maldición!"

No sólo se desarrollaba en el despacho aquella lucha interna. Hasta en la Audiencia le acudía de repente la tentación de dominar aquel sentimiento rebelde a toda prueba. Se volvía a Pepe, que se sentaba a su lado, delante del banco de los abogados, y le ordenaba que fuera en busca de algún documento que necesitaba.

—Si no lo encuentras en el despacho, llama a mi mujer y haz que lo busque ella...

Pero en cuanto Pepe salía de la sala, corría tras él, llamándole a gritos por las escaleras del Palacio de Justicia.

—¡Pepe, Pepe! Vuelve... No necesito ya esos papeles.

Pero un día, no llegó a tiempo de contenerle. Le echó detrás a todos los ujieres del tribunal. El fiscal estaba concluyendo su informe y él no podía abandonar la sala; tenía que hablar.

—¡Calle, calle, por Cristo!—gritó entonces Coppa, transfigurado, todo vibrante, poniéndose en pie, dando puñetazos en el banco y dirigiéndose al fiscal—: Estoy obteniendo en este momento una sublime victoria sobre mí mismo, y no puedo tolerar que siga usted echando encima de mí y de los

señores jurados la argamasa del edificio del buen sentido, que desde hace una hora trata usted de derribar con su piqueta obtusa y enmohecida.

Siguióse un tumulto: los abogados colegas de Coppa se lanzaron sobre él para hacer que se callara y se sentara; el presidente, agitando la campanilla, se puso en pie, así como los magistrados y los jurados, estupefactos; el público, dividido, prorrumpió en imprecaciones y aplausos. Entre los gritos y la confusión general, Ciro cogió al vuelo una frase insultante del fiscal, y agarrando el tintero del banco, se lo tiró como si fuese una piedra. Intervinieron entonces los carabineros (1) de servicio: el presidente vociferaba:

—¡Prendedlo!

Entre los carabineros y Coppa se entabló un vivo pugilato. Ciro, como un toro sujeto, trataba por todos los medios de desligarse; pero, de pronto, los que se esforzaban en reducirle lo vieron desplomarse entre ellos, inerte.

Oyóse una exclamación de terror y de consternación. La sala, que había sido evacuada, volvió a llenarse en seguida de rostros pálidos, ansiosos, aterrados: desde los bancos de los jurados, desde el estrado presidencial, desde los demás asientos, miraban todos, puestos en pie, a Coppa, sostenido sobre una silla, con la cabeza caída sobre el pecho, exhalando ronquidos sordos, presa de un ataque de apoplejía.

(1) *I Carabinieri*, equivalentes a los guardiaciviles españoles. (N del T.)

## XXX

A eso de la media noche, alrededor del lecho sobre el que Ciro acababa de cesar en su estertor, se hallaban Estrellita, Pepe y Marcantonio Ravi, como se encontraron otra vez en torno a otro lecho.

Pero, en esta ocasión, Estrellita lloraba con la cara oculta por el pañuelo; y su llanto irritaba a don Marcantonio, sombrío y taciturno, y entristecía a Pepe.

Sentado con los dos hijos de Coppa, que silenciosos y con los ojos empañados por las lágrimas, contemplaban el exánime rostro paterno, y abrazándolos, Pepe pensaba en su hermana Filomena, muerta en aquella misma alcoba, ahora como entonces alumbrada por cuatro cirios fúnebres, puestos en los cuatro ángulos del lecho; y le parecía verla allí, junto al marido. Allí estaban ahora los dos huerfanitos, los dos tiernos seres que quedaban en la casa. Pepe los estrechaba sobre su pecho, y sentía, en la exaltación del dolor, que la pobre Filomena se los confiaba desde el otro mundo. Con la mirada penosamente fija en Estrellita, esperaba, esperaba que ella apartase sus ojos del pañuelo y le viera así, y comprendiese.

Al cabo de un rato exclamó don Marcantonio:

—Este, que parecía un león, vedlo aquí: muerto. Y el consabido viejo, sano y lleno de vida. Pasado mañana se casa con Tina Méndola, tu querida amiga... Don Pepe, después de todo...

No terminó la frase.

—Unas tijeras, hija mía... ¿No oyes cómo chisporrotean esas velas? Hay que atender a todo en la vida, y también a esto...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edic. 1625 MONTERREY, N.M.